

de la naturaleza teológica del fiel laico, que busca comprender «lo que significa participar, gracias al Bautismo, en la triple condición de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey», poniendo de relieve «la esencial dimensión misionera de la vocación cristiana, más allá de la vocación específica que un bautizado pueda vivir en el seno de la comunidad eclesial», y procurando «sintetizar todos los elementos de que vive el cristiano laico hasta llegar a plasmar una auténtica Espiritualidad laical» (p. 11). He aquí formulado de modo sintético el objetivo que el autor pretende en estas páginas.

El contexto en que se sitúa es la ecle-siología del Vaticano II (cap. I). Y tras unas breves referencias históricas (cap. 2) se centra en la noción de laico que se desprende de los documentos conciliares (c. 3 y 4) así como en la participación en la triple condición sacerdotal, profética y real de Cristo (cap. 5-7), y su misión en la Iglesia y el mundo (cap. 8).

Los tres últimos capítulos están dedicados a la espiritualidad laical, los movimientos eclesiales y la formación de los laicos. Unos cuidados índices onomásticos y de materias completan la obra.

Su publicación es una buena contribución a los estudios sobre teología del laicado, tema que dista mucho de estar agotado. Quedan reflejadas las aportaciones de algunos de los autores indispensables en este campo de la teología, así como algunos de los problemas cuyo debate sigue siendo actual.

J. F. Pozo

Romanus CESSARIO, *Las virtudes* (trad: M. Montes), Edicep, Valencia 1998, 256 pp., 26 x 16, ISBN 84-7050-520-3.

Este libro es el volumen XIX de la serie de manuales de teología Amateca,

fruto de la colaboración de profesores y de casas editoriales de distintos países y lenguas.

El manual trata de las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales. El autor intenta no dejar de tratar nada importante en cada una de las virtudes, y lo logra a costa de una extraordinaria concisión, lo cual puede tal vez limitar su utilidad pedagógica para estudiantes. Al hilo del tratamiento de cada virtud une algunos grandes temas de la moral cristiana, de modo que una exposición de la moral según las virtudes se convierte en una visión de conjunto de la moral cristiana.

El estudio de la fe está, en efecto, unido con el enfoque general de la moral, la relación con la llamada a la santidad y la vida virtuosa cristiana. El libro incluye un esbozo, con carácter de iniciación general, de la relación entre naturaleza y gracia, entre ley natural y ley evangélica, y entre la vida virtuosa y los dones del Espíritu Santo. Trata también la relación de la fe con los dones de entendimiento y ciencia, y se detiene en el don de sabiduría. Lógicamente, el tratamiento específico de la virtud de la fe resulta necesariamente breve; casi se podría decir que el estudio específico de esta virtud lo remite a otros tratados teológicos (quizá está teniendo presente su estudio en teología fundamental).

La exposición sobre la esperanza es comparativamente más completa. En veintinueve páginas estudia la naturaleza de la virtud y su significado en la vida cristiana, incluye aquí la cuestión general de la relación con el deseo de felicidad y con el amor de deseo, además de los vicios de presunción y desesperación y el don de temor.

El tratado de la caridad incluye el estudio sobre el amor de amistad, la

peculiaridad de la virtud cristiana y la relación con la caridad como forma de las virtudes. Incorpora un análisis acertado de su función en la constitución de la *communio* cristiana, un tratado sobre el orden de la caridad y sobre sus frutos.

Al tratar de la prudencia procede a estudiar el sentido de las virtudes morales en la moral cristiana y su relación con la virtud directiva práctica, los vicios que se le oponen y la relación con el don de consejo. Las treinta y cuatro páginas que dedica a la justicia son escasas y remiten implícitamente a un tratamiento detenido de muchas cuestiones en un curso sobre doctrina social. Al tratar de la relación entre persona y comunidad, el autor opta por la distinción entre individuo y persona propuesta por Maritain, sin referencia a las observaciones críticas que ha suscitado y la posibilidad de otros planteamientos. El tratado sobre la fortaleza y sobre la templanza (21 y 23 págs, respectivamente), se centra en lo esencial de cada virtud.

En suma, el manual se caracteriza por su neta inspiración tomista, por la atención a los dones del Espíritu santo, y también por su brevedad, si se tiene en cuenta la amplitud de su objeto. Con un notable esfuerzo de síntesis se distribuyen temas capitales a lo largo del tratamiento de determinadas virtudes, aunque sean de aplicación también a las demás. De algún modo, el libro recuerda el estilo del tomo dedicado a la moral en la «Iniciación teológica» promovida por los dominicos franceses poco antes del Concilio Vaticano II. Sólo que ahora se trata de la obra de un solo autor, de mayor concisión, a la vez que actualiza el enfoque y la bibliografía.

La bibliografía citada, y la recomendada al final del volumen, presta especial atención a la filosofía anglosajona

sobre las virtudes —Geach, Anscombe, por ejemplo—, aunque no se detiene en el debate filosófico y ético de esos ambientes. Ocupa un lugar importante la frecuente referencia al comentario de la Summa de los *Blackfriars*, pero no faltan tampoco referencias a la francesa *Des Jeunes*, que conserva tantas aportaciones valiosas.

Hay que saludar con alegría esta publicación por su valor en sí misma, y porque supone también la continuidad de un importante proyecto que, por razones varias, había entrado en período de latencia, al menos en la versión española.

E. Parada

Carlos DÍAZ, *Apología de la fe inteligente*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998, 256 pp., 21x13, ISBN 84-330-1341-6.

Este libro tiene algo de miscelánea, aunque haya una preocupación y una línea conductora de los distintos capítulos. Efectivamente se trata de una apología de la fe, hecha por un filósofo en diálogo con sus colegas, pues a ellos va más inmediatamente dirigida. Se trata de una interpelación impregnada de buen humor, que es muestra de amor. Una requisitoria, de estilo pascaliano, contra el encerramiento en los límites estrechos de la razón fría. Y además de lúcida, realizada con calor testimonial y agudeza en los análisis y sugerencias. Una afirmación de la primacía del *amor ergo sum* sobre el *cogito*. Y una propuesta de las tareas de la razón para que se abra a su destino más alto en el ejercicio de la fe.

Resulta así introducida la apología de la razón creyente en un planteamiento de enfoque personalista y dialógico. De este modo se ponen de mani-